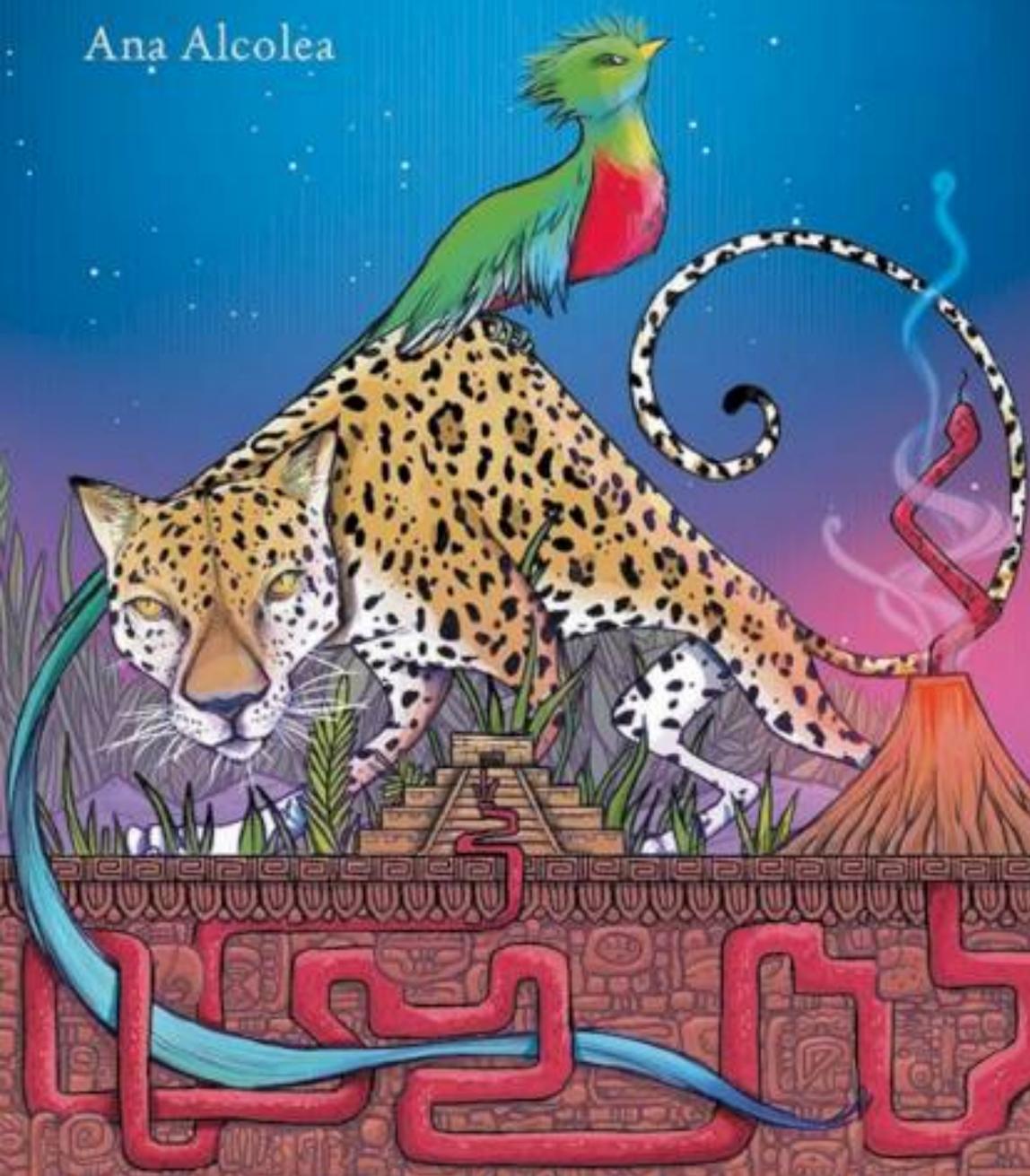


El secreto del colibrí dorado

Ana Alcolea



Siglo VIII d. C. Tras perder a su padre y a uno de sus hermanos, Iq y lo que queda de su familia son obligados a trasladarse de su pequeña aldea a la sagrada ciudad de Tikal, donde su madre deberá crear sus maravillosos tejidos para la reina Itzé. En medio de un ambiente hostil y peligroso, la muchacha conocerá a un misterioso chico por el que se sentirá atraída inmediatamente, sin sospechar que esa relación traerá aún más problemas a los suyos.

En la actualidad, Paquita, la viuda del abuelo de Carlos, está perdiendo la memoria, sufre accidentes domésticos... La mujer necesita a alguien que la cuide constantemente, y la madre de Carlos decide contratar a Amelia, una mujer guatemalteca que emigró a nuestro país para proporcionar un futuro mejor a sus hijos. A la vez, Elena se ha recuperado del todo de su lesión y quiere volver a Ámsterdam para recuperar su puesto en la compañía de danza, pero Carlos no termina de estar de acuerdo con la idea de volver a separarse de su novia.

*A todas las Amelias.
A Jørgen.*

A Iq le gustaba bañarse en el lago al atardecer. Nadar en un agua que enrojecía cuando recibía los rayos del sol sangrante. A Iq le parecía que el lago se convertía en un estanque sagrado y que recogía la sangre de todos los hombres que habían sido sacrificados a los dioses y arrojados desde lo alto de las escalinatas del gran templo del Jaguar. Se sentía protegida por el agua enrojecida porque uno de aquellos hombres sacrificados había sido su padre. No recordaba todo lo que había ocurrido. Solo que se lo habían llevado porque no había pagado todos los impuestos que el rey imponía a sus súbditos para seguir construyendo aquellos templos que eran más altos que los árboles del bosque. Así se lo había contado su madre a ella y a sus hermanos cuando tuvieron edad suficiente para entenderlo. ¿Para entenderlo? Nadie podía entender que hubiera personas que se creían con derecho sobre las vidas de los demás. No. Iq no comprendía que hubiera razones para haber hecho desaparecer a su padre. Su padre... El mismo que la tomaba en sus brazos y la sostenía en el aire por encima de su cabeza, como si fuera un pequeño pájaro. El mismo que le había enseñado a pescar en el lago, y a nadar para no hundirse hasta el fondo donde habitan los mismos monstruos que en el mar. El mismo que le cantaba viejas canciones para que se durmiera. Las mismas que le había cantado a él su madre, y a esta la suya, y así hasta, casi, casi, el comienzo de los tiempos.

Canciones que hablaban de cómo los hombres habían sido creados de maíz, de cómo los dioses no estaban satisfechos con ellos porque no los adoraban como merecían, de cómo los habían destruido por esa misma causa... Canciones que hablaban de los primeros hombres, los gemelos que habían luchado contra gigantes. Historias de guerras y de destrucción que a Iq no le gustaban, pero que en la voz de su padre le parecían incluso hermosas. Leyendas que intentaban explicar el origen del mundo y de los seres humanos, el porqué del sol que salía y se ponía más allá del la-

go, el porqué de la luna que cambiaba cada siete días. El porqué de la ferocidad del jaguar y de la pequeñez del colibrí...

—Tú eres como el colibrí, Iq —le solía decir su padre—. Pequeña, bonita y fuerte.

—Pero no puedo volar —le contestaba ella.

—¿Y para qué quieres volar?

—Para ver el lago desde el aire. Para cruzarlo de parte a parte. Para oler las flores. Para viajar muy lejos, ver el mar, y lo que hay al otro lado del mar.

—Si los dioses hubieran querido que las personas viéramos el ancho mundo, nos habrían dotado de alas. Si no lo han hecho, es porque consideran que estamos mejor donde estamos.

Y ahí acababa siempre su padre la conversación. Le gustaba que su hija dijera cosas interesantes, a pesar de su corta edad, pero no podía permitirle que pensara demasiado. Las cosas eran como eran. Como los dioses habían establecido. Y nadie podía cambiarlas. Ni él, ni una pequeña niña que llevaba el nombre del pájaro más pequeño del mundo, Iq, el colibrí.

La tarde sangraba en el cielo. Elena pensó que lo del cielo azul no era más que un tópico con poco sentido. No siempre el cielo era azul. De hecho, un tercio del tiempo era negro, oscuro, nocturno, acaso moteado por estelares destellos intermitentes, y aclarado siete días al mes por el fulgor de la luna. De los dos tercios restantes, al menos otro tercio estaba nublado, y todo se veía blanco o gris. Así que de cielo azul, poco de poco. De hecho, los meses que había vivido en Ámsterdam apenas entraba luz en su habitación del piso que compartía con otras bailarinas de la compañía. Y eso que la casa tenía grandes ventanales que llegaban hasta el suelo.

—Ya era hora. Llevo quince minutos esperándote, tío —le espetó a Carlos en cuanto el chico llegó hasta el banco del parque donde se solían citar cuando terminaban las clases por la tarde y hacía ya buen tiempo.

—Me he entretenido, lo siento. Tenía que descargar unos enlaces para preparar el examen de pasado mañana.

—Podías haberme avisado. Hace frío.

—Ya te he dicho que lo siento. ¿Qué tal ha ido el día? Pareces cabreada. Si te ha pasado algo en el instituto, no la tomes conmigo, que no tengo la culpa.

Carlos y Elena estudiaban en centros diferentes. Cuando Elena regresó de Ámsterdam, después de lesionarse, ya no pudo incorporarse a su viejo instituto

porque no había plazas libres para el Bachillerato Artístico, así que tuvo que matricularse en otro del centro de la ciudad. Volvía a ser la nueva, la rara, la que había venido de otro lugar. Llevaba años sintiéndose así porque su familia se mudaba a menudo debido al trabajo de su padre como coreógrafo en diferentes compañías de *ballet*. Le costaba hacer amigos, y cada vez tenía menos interés en intentarlo.

—No me ha pasado nada —mintió.

Carlos le acarició la mejilla y se besaron.

—Pues yo estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Me ha puesto mi madre un wasap que me ha dejado un poco mosca.

—¿Viene tu padre?

Los padres de Carlos eran arqueólogos. Marga trabajaba en el museo de la ciudad, y Federico iba y venía enfrascado en diferentes proyectos. Esa temporada estaba en Guatemala, en las ruinas mayas de Tikal. Marga y Federico se habían divorciado unos años atrás, pero se reconciliaban de vez en cuando. A Carlos le gustaba decir que la relación de sus padres era como el río Gadiana, que a veces se hundía y otras veces salía a flote. Le había costado, pero ya se había acostumbrado. Tenía claro que no todas las parejas eran iguales, y que la palabra «normalidad» no tenía mucha cabida en su familia.

—No, no es nada de mi padre. Es Paquita.

—¿Paquita? ¿Qué le pasa? ¿Está enferma?

Paquita era la viuda del abuelo de Carlos, una anciana a la que también le había costado lo suyo ganarse la confianza y el cariño de Marga.

—Dice mi madre que la han llamado los de la Teleasistencia porque se había caído. Cuando ha llegado mamá, Paquita no se acordaba de nada. Pero llevaba un moratón en la pierna, y una silla del salón estaba vuelta del revés.

—¿Crees que estará empezando a tener alzhéimer o algo así? —le preguntó Elena a Carlos—. A mí me aterra esa enfermedad. Hace años, una amiga mayor de mi madre empezó a perder la memoria. Se marchó en poco tiempo. Fue muy triste. Era una mujer brillante, me trataba como si yo ya fuera una adulta. Y eso, cuando se es una cría, se agradece mucho. Nadie más me trataba así. Cuando su lucidez se fue apagando, algo fue desapareciendo también en mí. Me sentí como si volviera de nuevo a mi infancia. Ya no había nadie que me tratara como yo creía que una niña de once años debía ser tratada.

—Esperemos que no le pase algo así a Paquita. Es lo más parecido a una abuela que he tenido nunca.

—Eso, esperemos.

Por la sonrisa de Elena había pasado una sombra, la misma que había oscurecido el cielo. Un cielo que desde hacía un rato había dejado de sangrar.

A Iq le daba miedo ir a la ciudad. Le asustaban las grandes pirámides y las altas esculturas que mandaba hacer el rey para mostrar su poder y para que todos sus súbditos leyeran en los jeroglíficos de piedra las crueldades de las que era capaz con sus enemigos. El rey no quería ser amado, sino temido. Y la familia de Iq, como todas las demás, le tenía miedo. Solo iban a la ciudad cada muchas lunas, cuando había mercado y la madre de Iq tenía nuevos animales y telas que vender. Tardaban casi dos días en llegar a la ciudad desde su pueblo junto al lago. Dormían apoyados en un árbol, y tenían que protegerse de las hormigas, de los mosquitos y de las serpientes. Iq apenas podía dormir durante la noche que pasaban en la selva. El sonido de las cigarras que traía el viento era tan intenso que se le metía en los oídos y entraba en su cerebro, como si fuera la banda sonora de sus pesadillas más inquietantes. Empezaba como un silbido a lo lejos, luego se iba acercando hasta que se convertía en un rugido parecido al del jaguar o al del trueno en las tardes de tormenta.

Iq abría los ojos y miraba a su alrededor a pesar de la oscuridad. No veía nada, pero estaba segura de que las cigarras estaban cerca y vigilaban sus sueños para introducirse en ellos, zarandearlos y morderlos. Cuando amanecía, Iq sí que veía lo que había a su lado. Ni rastro de cigarras, a pesar de que su lamento seguía allí, igual que durante la noche. Primero lejano y luego tan cercano que se podía sentir el zarpazo de su grito eterno. Aquel era el canto de la selva, su canción inmortal. Así había sido desde hacía siglos, milenios. Diferentes cigarras, pero la misma cadencia sin melodía, la que traía el viento hasta los oídos de todos los hombres y de todas las mujeres que osaban adentrarse

entre los árboles sagrados que escondían y protegían la ciudad. La sagrada ciudad de Tikal.

Durante la noche, Iq escuchaba la respiración de sus hermanos, que tampoco podían dormir. No decían nada, ni reconocían el miedo, pero no tenían la respiración acompañada que provoca el sueño. Tan solo su madre era capaz de dormir a pesar de la noche y del rugido de las cigarras. Había aprendido que había que temer más a los seres humanos que a los animales y a los árboles. No le gustaba ir a la ciudad, pero no le quedaba otro remedio. Las veces que había dejado sus animales y sus extraordinarios tejidos para que alguien los vendiera, había perdido muchos beneficios, y eso era algo que no se podía permitir, y no estaba dispuesta a que le volviera a ocurrir. Ahora ya sus hijos eran lo suficientemente mayores para acompañarla. Así aprendían cómo tratar a los mercaderes y no salir perdiendo. Y así también verían cómo se vivía en la ciudad: gente, ruido, el rostro del rey tallado en cada piedra. O el de los dioses de la guerra. La pista del juego de la pelota; aquel juego cruel al que probablemente habían hecho jugar a su esposo antes de sacrificarlo a los dioses crueles, ávidos de la sangre de inocentes campesinos, que se pasaban el día trabajando para pagar los caprichos megalómanos de su rey, como habían hecho sus antepasados con los antepasados del mismo rey hasta el comienzo de los tiempos, cuando los hombres fueron creados de paja. Las pirámides, más altas que el más alto de los árboles, desde donde los sacerdotes estudiaban las estrellas por las noches y desde donde, algunas mañanas, al amanecer, sacrificaban a hombres buenos, como su marido. Sí, era de los hombres de los que había que protegerse más que de las hormigas carnívoras, de los mosquitos y de las serpientes.

Iq se acurrucaba junto a su madre e intentaba acompañar su respiración a la de ella. Así se tranquilizaba e incluso conseguía dormirse algún rato. Pensaba que le gustaría introducirse en los sueños de su madre, porque tal vez allí

encontraría a su padre, cuyo rostro empezaba ya a olvidar. El tiempo iba desvaneciendo su cara y su voz en la memoria de la pequeña Iq.

Cuando amaneció, cogieron sus cosas, despertaron a los animales que dormían, ajenos al ruido de la selva, y emprendieron la marcha a la ciudad. Llegarían cuando el sol estuviera en lo más alto del cielo. Así había dicho su madre que ocurriría y así ocurrió. Enseguida vieron las cimas de las pirámides, que sobresalían de la selva como colinas de piedras escalonadas. Cada vez que Iq veía aquel panorama le sobrecogían su belleza y el poder que mostraba aquel que mandaba edificar todo aquello, retando a los dioses: cada vez ordenaba construir más altos edificios, como si quisiera llegar con ellos al lugar donde habitan los dioses y los muertos, más allá de las tormentas. Se acordaba de las palabras de su padre cuando le decía que si los dioses hubieran querido que los hombres viesan mucho mundo, les habrían dado alas. Pero al rey sí que le permitían ver mundo. Desde allá arriba podría ver incluso el mar, y las montañas lejanas. Tal vez pudiera ver incluso las tierras que a buen seguro había al otro lado del océano.

Tal vez podría ver lo mismo que el colibrí con su rápido aleteo, tan pequeño y tan veloz, capaz casi de estar en dos sitios a la vez. Cuando Iq veía un colibrí, apenas podía seguirlo con su mirada. Le parecía que jugaba al escondite con ella. Ahora delante, ahora detrás. Y enseguida tan lejos que ya no podía verlo.

Marga estaba en casa de Paquita cuando llegaron Carlos y Elena. La habían llamado los de la Teleasistencia y había dejado su trabajo en el museo para acudir rápidamente a atender a su madrastra. Su padre se había casado con ella un año antes de morir. Aunque al principio a Marga no le había hecho ninguna gracia la boda, había acabado por aceptar a Paquita dentro de su pequeña familia, especialmente poco después de la muerte de don Nicolás. Aunque al principio Paquita había pensado dejar la ciudad e irse a su pueblo, había decidido quedarse en la casa que compartiera con su marido. Además, contra todo pronóstico, se había convertido en la confidente de Marga. A ella le contaba lo sola que se sentía a veces cuando Federico viajaba a los diferentes yacimientos arqueológicos a los que lo llevaban su trabajo y sus ganas de no estar siempre en el mismo lugar. Aunque ese fuera el lugar en el que estaba su propio hijo, Carlos, y ella, Marga, su mujer, su exmujer...; ni siquiera ella sabía muy bien en qué estado vivía, si en el de casada o en el de separada. Así es que llevaba unos meses preocupada por los despistes de Paquita. Por eso había insistido en que se pusiera el botón de la Teleasistencia. Si se caía o se sentía mal, era muy fácil apretar el botón que siempre pendía del cuello y pedir socorro. Al principio, Paquita no quería, pero había terminado por aceptar, más que nada, porque no le quedaba otro remedio. Estaba torpe y olvidada cosas. Marga

tenía miedo de que llegara un momento en el que Paquita dependiera de los demás, o sea, de ella, que era su persona más cercana. No era su madre, así que no le apetecía en absoluto hacerse cargo de ella, pero tampoco quería abandonarla a su suerte: al fin y al cabo, había alegrado los últimos tiempos de su padre, y además, no quería sentirse culpable. Temía que viniera a su vida el momento que acababa de llegar.

—No puede quedarse sola —le había dicho el médico poco antes de que llegaran los chicos.

—En mi casa no tenemos sitio. Apenas cabemos los tres cuando viene mi marido.

—No le digo que se la lleve a su casa, Marga. Puede ir a una residencia o poner a una persona que se quede con ella.

—Una residencia no, eso está descartado. Si nuestras residencias fueran decentes, sería distinto, pero un antro en el que hay que compartir habitación y salón me parece la antesala del infierno.

—De hecho, las residencias de ancianos son las antesalas del infierno, o del paraíso, según... —respondió el doctor López.

—Ya. Eso además. Pero no me refería exactamente a esa certeza, sino al hecho en sí de tener que convivir con extraños durante el último periodo de la vida. No. Nada de residencias. Buscaré a alguien de confianza que cuide de Paquita.

—Hay muchas mujeres que buscan trabajo como internas en casas para cuidar ancianos solos. Seguro que encuentra a alguien adecuado.

—No es fácil.

—No. No lo es. De momento, que no deje de tomar las pastillas que le he recetado. Que duerma, y cuando se despierte, hable con ella sobre la posibilidad de que tenga que compartir casa con una persona que la cuide.

—Una desconocida, en cualquier caso. Qué pena. Llegamos al mundo en manos de desconocidos, las enfermeras, la matrona..., y nos vamos también junto a otros desconocidos, sea en casa o en el hospital o en la residencia. Es terrible, doctor.

—Es la vida, Marga.

Cuando llegaron Elena y Carlos, Marga estaba sentada en una silla junto a la cama de Paquita. Parecía que vigilara sus sueños. Pensó que tal vez soñara con su padre, con el día en que se casaron y abrieron el baile con un vals. O con el momento en el que se conocieron en un hotel de Benidorm, donde habían ido ambos en un viaje del Imsero.

—Hola, mamá. ¿Cómo está? ¿Se pondrá bien?

—Hola, Marga.

—Hola, chicos. Paquita no puede vivir sola a partir de ahora. Tenemos que buscar a alguien para que se quede con ella noche y día.

—¿Una persona interna? —preguntó Elena.

—Sí. Yo no puedo estar permanentemente con ella. Ni vosotros tampoco. Podemos visitarla y organizar las cosas, pero necesitamos a alguien que viva aquí, cocine, compre, acompañe a Paquita a pasear, al médico. Alguien que la cuide. Una persona de total confianza.

—¿Y cómo vamos a encontrar a alguien así? —intervino Carlos, que era la persona que más quería a

Paquita en el mundo. Era quien incluso la había comenzado a llamar «abuela».

—Creo que tengo una idea —contestó Marga.

En ese momento se despertó Paquita y los vio a los tres allí, a los pies de su cama. Sonrió.

—Vaya, qué alegría, qué bien rodeada estoy. Mi nieto favorito y su madre. Y esta chica tan guapa a la que no conozco. ¿Quién eres, bonita?

Elena, Carlos y Marga se miraron. El miedo recorrió sus espaldas en la forma de un escalofrío. El miedo a la memoria vacía, al silencio del pasado. La enfermedad descargaba la memoria como cuando entraba un virus en el ordenador y lo barría todo. Solo que con las personas iba poco a poco, palabra a palabra, rostro a rostro. Paquita no reconocía a Elena, con la que había pasado tantas tardes hablando de sus años jóvenes, de lo sacrificado que era ser bailarina, de cuando la chica había vivido en Ámsterdam y había pensado en dejar su relación con Carlos. Habían compartido tardes ante el juego de té húngaro y pintado a mano que Paquita solo usaba cuando iban a su casa las visitas.

—Digo que quién eres, guapa. Vaya pelo precioso que tienes, tan liso. A mí también me habría gustado tener el pelo así como el tuyo, pero Dios me castigó con el pelo rizado y fosco. ¡Qué le vamos a hacer!

—Es Elena, mi novia —contestó Carlos a duras penas, con la voz entrecortada.

—¡Tienes novia! Ya era hora, chico. Qué calladito te lo tenías. Y qué guapa es. Hacéis una pareja estupenda. Vamos a celebrarlo. Abriremos una botella de champán.